

Los procesos de transculturación desde la identidad de nuestra América y la Europa mediterránea

Por Sonia VALLE DE FRUTOS*

EL TÉRMINO *TRANSCULTURACIÓN*¹ está presente en el pensamiento antropológico latinoamericano desde los años cuarenta del siglo XX cuando Fernando Ortiz lo acuñara en su obra clásica *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*:

La palabra *transculturación* es la que mejor expresa las diferentes *fases de la transición* de una cultura a otra porque no consiste en adquirir otra cultura, lo cual sería el concepto *aculturación*. Sino que el proceso realmente envuelve la pérdida de una previa cultura, lo cual se definiría como *deculturación*. En suma esto conlleva la idea de la consecuente creación de un fenómeno cultural nuevo que se podría llamar *neoculturación*.²

Por tanto, considerando las fases por las que se van transformando las culturas cuando interactúan es posible apreciar que la transculturación subrayaría la dinámica y los procesos que brinda la evolución cultural.³

Los procesos de transculturación, desde un punto de vista diacrónico histórico y sociológico, podrían ser considerados actualmente como resultado de la evolución civilizatoria; puente o nexo entre culturas; forma cooperativa entre culturas; integración de diversas culturas; y finalmente, como aquellos que tienen como consecuencia la creación de una cultura con una nueva identidad inclusiva. Entre América Latina y el Mediterráneo, sobre todo España y Francia, siempre se han construido y se siguen construyendo dichos procesos de interacción en diversos niveles y periodos.

* Profesora de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid y colaboradora del Master Universitario “América Latina contemporánea y sus relaciones con la Unión Europea: una cooperación estratégica” de la Universidad de Alcalá de Henares, Madrid; e-mail: <sonia.valle.defrutos@urjc.es>.

¹ El concepto de *transculturación* fue creado como alternativa para sustituir al de *aculturación*, utilizado por los pensadores franceses e ingleses, fruto de la consideración de los pueblos indios como carentes de cultura cuando fueron colonizados. A nuestro juicio tal concepto es inclusivo al superar el estatismo de otros términos que han sido utilizados también para tratar el tema de “cambio cultural”.

² Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Barcelona, Ariel, 1973, p. xii.

³ Un análisis clave para valorar estas fases es el propuesto por Fernand Braudel, historiador francés que revolucionó la historiografía del siglo XX.

Analizar la transculturación supone acercarnos al concepto de *transfronterización*. La importancia de este fenómeno consiste en que marca una característica que podríamos añadir a la transculturación, es decir, la *trascendencia*⁴ que experimentan los habitantes a ambos lados de una frontera (bien impuesta, bien heredada) y es incorporada a su forma de vida. La *transfronterización* se describe desde varias modalidades: geografía variable, vinculación del tipo de frontera con la identidad: “nivel de conocimiento de cada actor de las asimetrías de cada sistema nacional, y del tipo de actor: cruces frecuentes”.⁵

Tanto en América Latina como en Europa el término *frontera* se ha extendido del ámbito físico-geográfico al cultural. Ha sido plasmado por el pensamiento latinoamericano desde varias acepciones. Siguiendo la aportación de Alberto Saladino podemos considerar, por un lado, la relación directa entre la categoría de identidad y la de frontera al intentar buscar el ser del latinoamericano.⁶ Por otro, el forjar las fronteras culturales de América Latina a partir de la recuperación y dominio de su historia ha hecho que algunos latinoamericanos hayan reflexionado sobre las *fronteras étnicas* para explicar las posibilidades de encuentro o vinculación, más que de separación.

Desde el pensamiento europeo, el concepto de *frontera* presenta un origen militar: el “frente” designaba la zona de contacto con un ejército enemigo.⁷ Con el nacimiento del Estado-nación la frontera adquiere una noción política que se apoya o legitima en los aspectos geográficos y físicos. Por tanto, la frontera se asocia con un sistema de control cuyo objetivo primero es proteger, filtrar o reducir la circulación. La ambivalencia entre separación e intercambio es una de las características principales de las fronteras. Por tanto éstas inciden en la organización espacial, integran una dimensión sociopolítica (estructuración de

⁴ El fenómeno de “trascendencia cultural” es descrito por autores como el mencionado Braudel. Véase Sonia Valle de Frutos, *Cultura y civilización: un acercamiento desde las ciencias sociales*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.

⁵ Martine Guibert y Pablo Ligrone definen la *transfronterización* como el “conjunto de procesos de aprovechamiento y de valorización de una frontera, límite territorial que separa dos sistemas políticos, económicos y/o socioculturales”, en Hugo E. Biagini y Arturo A. Roig, dirs., *Diccionario del pensamiento alternativo*, Buenos Aires, Biblos, 2008, p. 534.

⁶ Alberto Saladino García, “Epistemología del concepto *frontera* en el pensamiento latinoamericano”, en Leopoldo Zea y Hernán Taboada, comps., *Frontera y globalización*, México, FCE, 2002 (col. *Tierra firme. Latinoamérica en la globalización y el tercer milenio*), pp. 15-32.

⁷ Descritas las diversas formas de interacción cultural por Todorov, éste destaca a la guerra como la zona de máximo nivel de interacción cultural. Véase Tzvetan Todorov, *Cruce de culturas y mestizaje cultural*, Madrid, Júcar, 1988.

una sociedad), simbólica (reconocida por los actores) y material (inscrita en un paisaje).⁸

Las fronteras culturales, que en la sociedad internacional en formación cada vez coinciden menos con las estatales, geopolíticas y económicas, son límites que unen o separan, enfrentan o acercan a dos o más culturas. Como en el caso de las fronteras físicas, pueden ser puente de unión o muro de separación. La globalización y la transfronterización ejercen un doble efecto sobre la diversidad cultural: por un lado, gracias a la multiplicación de los flujos e intercambios se facilita el contacto, el conocimiento y la cooperación en los procesos de transculturación.⁹ Por otro, levantan nuevas *barreras de separación*, que pueden ser de tipo político, económico, militar, religioso, lingüístico, demográfico y comunicativo.

Tanto desde Latinoamérica como desde la Unión Europea existe una discusión semejante sobre la existencia de una cultura común que permita afirmar la construcción de una identidad macrocultural. Este debate se presenta porque actualmente las mayores dificultades para crear una identidad común se deben a límites que muchas veces son inmateriales y complicadamente medibles desde un punto de vista cuantitativo. Quienes sostienen que existe una conciencia común macrocultural apoyan correlativamente la creación y evolución de los procesos de transculturación a corto y a largo plazo.

Entre refractores, Mario Sambarino sostiene que “América Latina no es un área cultural; no es un área de igual nivel histórico; no es un área de iguales *procesos de transculturación* [...] Los países de América Latina no tienen un origen común [...] ni cultural ni racialmente, ni por lo tanto étnicamente”.¹⁰ Pero precisamente por el hecho de que los procesos de transculturación no han sido iguales en la región latinoamericana es necesario estudiarlos de una forma completa a partir de sus similitudes y diferencias, convergencias y divergencias.

Posteriormente Leopoldo Zea subraya el problema de la identidad local y regional y sostiene la existencia de una unidad cultural, impuesta durante tres siglos por la dominación ibérica, española y portuguesa, e inglesa, francesa y holandesa. Hace mención a la *Carta de Jamaica* de Simón Bolívar cuando se refiere al futuro de América Latina: “ya

⁸ Bernard Reitel y Patricia Zander, “Frontera”, en *Hypergeo*, en DE: <<http://www.hypergeo.eu>>.

⁹ Adalberto Santana, “¿Globalización de la cultura de América Latina?”, *Universum* (Universidad de Talca), núm. 18 (2003).

¹⁰ Mario Sambarino, *Identidad, tradición, autenticidad: tres problemas de América Latina*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1980, pp. 63-64.

que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse”.¹¹ Podríamos preguntarnos si la actual Unasur resulta un pequeño destello de esa idea. Es importante recordar que uno de los objetivos específicos del Tratado Constitutivo de la Unión de Naciones Suramericanas, firmado en el 2008, es la consolidación de una ciudadanía suramericana a través del reconocimiento progresivo de derechos a los nacionales de un Estado miembro, residentes en cualquiera de los otros Estados de la unión.

Recientemente Andrés Fábregas Puig trata este tema y, apoyándose en el discurso de José Martí, aboga por la realidad de una identidad común que integre a los pueblos americanos bajo un mismo techo, por una macro identidad sin detrimento de la pluralidad cultural.¹² Por otro lado, señala que uno de los primeros resultados de la globalización en nuestra América fue una amplísima gama de culturas autóctonas y europeas en convivencia, lo que dio origen a la creación de múltiples *procesos de transculturación*.

El sociólogo norteamericano Ronald Inglehart, experto en el análisis de valores internacionales, se pregunta si América Latina es una región cultural coherente y si existen zonas culturales con esta característica a partir de un análisis global de las diferencias transculturales. Sus resultados le llevan a considerar a América Latina como un “grupo compacto con legado cultural coherente”, al igual que ocurre con Europa oriental o Asia oriental. Inglehart concluye que “desde el punto de vista empírico, sí existe un grupo latinoamericano, pero sus límites se podrían ampliar fácilmente para incluir España y Portugal”.¹³

No cabe duda que nuestra América es parte de Occidente¹⁴ y por tanto, parte de la civilización que la sustenta, a pesar de que autores como Huntington se empeñan en considerarla una subcivilización de Europa.¹⁵ América Latina tiene una identidad propia, definida en sí misma, compuesta por un mosaico de culturas que unas veces apare-

¹¹ Leopoldo Zea, “Convergencia y especificidad de los valores de América Latina y el Caribe”, en Leopoldo Zea y Mario Magallón, comps., *Latinoamérica: encrucijada de culturas*, México, IPGH/FCE, 1999, p. 19.

¹² Andrés Fábregas Puig, “Nuestra América: identidad y cultura”, *Cuadernos Americanos*, núm. 125 (julio-septiembre del 2008), pp. 11-21.

¹³ Ronald Inglehart, “¿Existe Latinoamérica?: un análisis global de diferencias transculturales”, *Perfiles Latinoamericanos* (FLACSO), núm. 31 (enero-junio del 2008), p. 29.

¹⁴ Para el tema de la occidentalización de América Latina véase Marcello Carmagnani, *El otro Occidente: América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*, México, El Colegio de México/FCE, 2004.

¹⁵ Samuel Huntington, *The clash of civilizations and the remarking of world order*, Nueva York, Simon and Schuster, 1996.

cen integradas y otras bajo el paraguas de la coexistencia. La integración no es fácil aunque la cultura política tiende poco a poco hacia la integración de instituciones políticas.¹⁶

Desde el punto de vista de la Unión Europea, cuyo lema es “la unidad en la diversidad”, existen tres corrientes.¹⁷ Los euronacionalistas y comunitaristas consideran imprescindible una cultura y una historia común para poder avanzar en una Europa unida.¹⁸ Reclaman acelerar las medidas a favor de esa historia y cultura supuestamente comunes dejando de lado el problema de la integración de los inmigrantes no europeos.

Actualmente en cuanto a la percepción que tienen los europeos sobre la existencia de una cultura con valores comunes, la mayoría puede diferenciar un conjunto de valores colectivos europeos comparado con el de otros continentes. Por otro lado, 44% de los europeos cree que no hay valores comunes europeos sino valores globales occidentales.¹⁹

Los liberales y republicanos prefieren dejar la cultura y la religión en el ámbito privado y concentrar el esfuerzo en normas políticas comunes y en apoyar inversiones fuertes en las instituciones.

Una tercera nueva escuela, la de los constructivistas, está convencida de que mediante la cooperación y los intercambios culturales se puede ir moldeando una identidad europea nueva, enriquecida por la diversidad.²⁰

Pero como sostiene Braudel, en términos culturales existen “dos Europas diversas a lo largo de los siglos que han sido la Europa mediterránea, romana y católica de un lado, y de otra parte la Europa nórdica, germana y protestante [...] Ambas reconstituyeron sus divergencias y sus oposiciones del otro lado del Atlántico”,²¹ marcando con ello el origen claro de la distinta identidad civilizatoria de América Latina y de la América anglosajona.

¹⁶ Véase Hugo Zemelman, coord., *Cultura y política en América Latina*, México, Siglo XXI, 1990. Respecto a la integración, véase Francisco Rojas Aravena, *IV Informe del secretario general de FLACSO. Integración en América Latina: acciones y omisiones; conflictos y cooperación*, San José de Costa Rica, FLACSO, 2009.

¹⁷ Véase T.S. Eliot, *La unidad de la cultura europea: notas para la definición de la cultura* (1962), Félix Azúa Comella, trad., Madrid, Encuentro, 2003.

¹⁸ Felipe Sahagún, “Las fronteras culturales de la Unión Europea”, en *Las fronteras exteriores de la Unión Europea*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2007 (*Monografías del CESEDEN*, 104).

¹⁹ *Eurobarometer. Public Opinion in the European Union*, 69 (junio del 2008).

²⁰ Véase “Discrimination in the EU”, *Special Eurobarometer*, 263 (enero del 2007), p. 44.

²¹ Citado por Carlos Aguirre Rojas, “Braudel en las Américas: ensayo de comparación de dos intercambios transculturales”, *Signos Históricos*, II. 3 (junio del 2000), pp. 49-80.

El problema de las fronteras religiosas no es el principal obstáculo para favorecer una cultura común en el caso de nuestra América mientras que sí lo es en el de Europa, donde quizás sea lo que más impida que se desarrollen los procesos de transculturación, sobre todo con los vecinos con quienes compartimos el *Mare Nostrum*. El proceso de evangelización, durante la colonización, supuso generalmente un puente cultural con las potencias colonizadoras. También con las fronteras lingüísticas. La transmisión del español y del portugués como lenguas francas facilitó y facilita inexorablemente la comunicación entre las culturas. Si bien es cierto que esto fue en detrimento del desarrollo y conservación de las lenguas indígenas como parte de la diversidad cultural latinoamericana, también hay que añadir la resistencia a integrarlas en las diferentes constituciones que aceptaron el español como idioma oficial. Hecho que también ocurre en Europa al intentar proteger las lenguas minoritarias. Actualmente se intenta su rescate con las políticas que gestionan la diversidad cultural a partir de programas interculturales en ambos continentes.

La apertura hacia “el otro” fue y sigue siendo un límite marcado por diferentes factores y percepciones que determinan la integración y a veces dificultan los procesos de transculturación.²² La frontera de la discriminación se dirige en nuestra América hacia los pobres, en primer lugar, seguidos por indígenas, homosexuales, negros, inmigrantes y viejos. El rechazo hacia el pobre e inmigrante aumentó desde principios de siglo hasta ahora, en tanto que disminuyó hacia indígenas y negros. Mientras que en Europa la discriminación por origen étnico es la primera frontera, seguida de la orientación sexual, discapacidad, edad, religión y creencias y, por último, el género.²³

La eliminación de los controles fronterizos entre los países latinoamericanos es apoyada por 44% de la población,²⁴ por lo que podemos considerar el dato como positivo.²⁵ Es decir, se constata la actitud favorable a la migración interna. La movilidad de los miembros de una

²² Tzvetan Todorov, *La conquista de América: el problema del otro*, Flora Botton Burlá, trad., Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

²³ “Discrimination in the EU: perceptions, experiences and attitudes”, *Special Eurobarometer*, 269 (julio del 2008).

²⁴ República Dominicana es el país que más apoya la medida (65%), seguido de El Salvador, Nicaragua, Colombia, Perú, Uruguay y México, mientras que Costa Rica, Chile y Panamá son mucho más reticentes, véase *Oportunidades de integración regional u. Latinobarómetro 2007*, p. 19, en DE: <<http://www.obela.org/system/files/Oportunidades+de+Integraci%C3%B3n+II+CAF+Lima+Per%C3%BA+Abril+16,+2008.pdf>>.

²⁵ Nosotros consideramos que 44% es una cantidad muy favorable a pesar de que la prensa no lo interpreta tan positivamente.

cultura a otra supone un factor importante que permite abrir las puertas al análisis comparativo entre culturas, imprescindible para que se produzca el comienzo del proceso de transculturación, es decir, el de autoconocimiento de cada cultura.

Desde un punto de vista más general, es decir, la restricción y control de la entrada de la inmigración, actualmente existe una mayoría a favor tanto en América Latina como en Europa.²⁶ Pero también hay que destacar que con el tiempo esta actitud negativa hacia la apertura del “otro” está disminuyendo.

Las fronteras inmateriales, como las “formas de vida” de las culturas, determinan la capa más profunda de los procesos de transculturación.²⁷ Son las que jerarquizan los valores y ponen en orden los elementos culturales. Reflejan y hacen de radiografía de las relaciones interculturales, bien desde la coexistencia hacia la integración o viceversa. La percepción de superioridad de unas culturas sobre otras impide que se establezcan relaciones simétricas.²⁸ Curiosamente, frente a 39% de los europeos, 66% de la población latinoamericana siente que no es perfecta pero sí superior al resto de culturas. Históricamente esto no ha sido así. Las relaciones asimétricas entre ambos continentes lo son por voluntad europea. Es muy significativo que actualmente ocurra lo contrario. Esto refleja una alta autoestima por parte de los latinoamericanos.

El deseo de que la forma de vida de las culturas sea “protegida” es otro ejemplo más de defensa y resistencia hacia la integración con el resto de culturas.²⁹ Sin embargo, en este indicador 65% de los latinoamericanos siente más necesidad que los europeos (56%) de que su cultura sea defendida. Aunque la diferencia es menor respecto del caso anterior.

Por último, 81% de los latinoamericanos percibe que su identidad cultural se está perdiendo frente a 70% de los europeos. Estas cifras son bastante altas en ambos casos. El sentimiento de “pérdida” de la forma de vida³⁰ pone de manifiesto el proceso de cambio de la identidad cultural, parte sustancial en el desarrollo de los procesos de

²⁶ Véase *World publics welcome global trade, but not immigration*, Washington, DC, The Pew Global Attitudes Project, 2007, p. 99, en DE: <<http://pewglobal.org/reports/pdf/258.pdf>>.

²⁷ Entendemos que la “forma de vida” es desde el punto de vista antropológico el aspecto crucial que define al resto de elementos que configuran las culturas.

²⁸ *World publics welcome global trade, but not immigration* [n. 26], p. 97.

²⁹ *Ibid.*, p. 98.

³⁰ *Ibid.*, p. 21.

transculturación, y por otra parte, la percepción de que la cultura está disminuyendo ante la globalización cultural.

En conclusión, tanto nuestra América como nuestra Europa mediterránea muestran contradicciones a la hora de presentar su perfil cultural y el grado de desarrollo de los procesos transculturales. Ambos poseen diferencias en cuanto a la forma de exponer su disposición a integrarse y facilitar estos procesos. Actualmente, es mayor en el caso europeo, y con una menor necesidad de protegerse culturalmente. Sin embargo, su actitud de xenofilia, apertura y aceptación positiva al “otro”, al extranjero, aparece similar en ambos. Característica fundamental para que se tienda a la construcción de integraciones culturales frente a las coexistencias. Es decir, para que favorablemente se constituya una cultura común a pesar del encuentro con fronteras que impiden el proceso de la construcción identitaria transcultural.

RESUMEN

Actualmente los procesos de transculturación, desde un punto de vista diacrónico histórico y sociológico, podrían ser considerados como resultado de la evolución civilizatoria, como puente o nexo entre culturas, como forma cooperativa entre culturas, como integración de diversas culturas y como procesos que tienen como consecuencia la creación de una cultura con una nueva identidad inclusiva.

Tanto nuestra América como nuestra Europa mediterránea incorporan contradicciones a la hora de presentar su perfil cultural y el grado de desarrollo de sus procesos transculturales. Ambas instancias poseen diferencias en cuanto a la forma de exponer su disposición a integrarse y facilitar estos procesos. Actualmente es mayor en el caso europeo y con una menor necesidad de protegerse culturalmente. Sin embargo su actitud de xenofilia, apertura y aceptación positiva al “otro”, al extranjero, aparece similar en ambos.

Palabras clave: transculturación América Latina, transculturación Europa mediterránea, identidad cultural, fronteras culturales.

ABSTRACT

Today, the processes of transculturation, from a historical and sociological, diachronic point of view, could be viewed as a result of civilizing evolution, as a bridge or nexus between cultures, as a form of cooperation between cultures, as the integration of diverse cultures, and as processes whose consequence is the creation of a culture with a new, inclusive identity.

Our America and our Mediterranean Europe evince contradictions when they present their cultural profile and the degree of development of their transcultural processes. Both show differences regarding the way they present their willingness to integrate and facilitate these processes. Today, this tendency is greater in the case of Europe, which has less of a necessity to protect itself culturally. However, the attitude of xenophilia, openness and positive acceptance of “the other” toward foreigners appears to be similar in both regions.

Key words: transculturation Latin America, transculturation Mediterranean Europe, cultural identity, cultural borders.